La servilleta del menú inexistente

El martes a mediodía, Damián entró en el restaurante El Mirador, se sentó en su mesa habitual y pidió algo que ya no existía.

—Las berenjenas con migas de pan y limón —dijo, sin mirar la carta.

Miriam, que acababa de empezar su turno, consultó la lista del día.

—Tenemos berenjenas asadas con tomate. Las de migas las retiraron hace tiempo.

—Eran distintas —repuso Damián—. Venían en una fuente pequeña, sobre pan tostado, con una salsa que crujía por los bordes. Y un trocito de limón que había que apretar justo antes de comer.

Miriam sabía que discutir sobre la nostalgia de un cliente no ayudaba a servir mesas. Le ofreció otras dos opciones. Damián aceptó agua y dijo que pensaría un momento.

En la mesa contigua, una mujer dejó la carta abierta.

—Perdone, ¿dónde están esas berenjenas? —preguntó—. He oído lo del limón y me apetece probarlas.

—No están —respondió Miriam.

La mujer volvió a leer la hoja con más atención. Al fondo, un hombre que había escuchado solo la última parte pidió la carta «completa, no la corta». Nadie le había dado una carta corta. La confusión, sin embargo, empezó a pasar de mesa en mesa como un rumor que crecía con cada palabra.

Damián quiso ayudar.

—Se servían con un borde dorado —explicó, levantando una mano para mostrar el tamaño de la fuente—. No sé si recuerdan que antes había un plato ovalado de barro.

—¡El ovalado! —dijo la mujer—. Entonces sí lo he visto alguna vez.

—Yo me acuerdo del plato —terció otro cliente—. Pero creo que llevaba calabacín.

Miriam sintió que estaba atendiendo una mesa de seis personas en vez de tres mesas separadas. Fue hasta la cocina y regresó con una respuesta que esperaba definitiva.

—La cocinera confirma que ese plato salió de la carta hace tres años.

—¿Y por qué no lo tacharon? —preguntó el hombre de la carta «completa».

—Porque no está escrito.

El hombre bajó la vista al papel.

—Eso complica encontrar dónde lo tacharon.

La mujer de la mesa contigua pidió un lápiz. Damián, animado por tener público, describió la textura de las migas, el olor del ajo y cómo una vez había pedido pan extra para limpiar la fuente. Cuanto más hablaba, más personas intentaban localizar el plato invisible entre las opciones que sí estaban impresas.

—Puede ser un menú secreto —sugirió alguien.

—O un plato de otro restaurante —dijo otro.

—No —respondió Damián con una seguridad que ya le daba un poco de vergüenza—. Era aquí. En esta mesa. Lo pedí un jueves lluvioso después de terminar de pintar la persiana de mi taller.

Miriam apoyó ambas manos en el respaldo de una silla.

—Entonces lo recuerda muy bien, don Damián. Pero tengo cinco pedidos pendientes y ninguno incluye berenjenas que podamos preparar de ese modo.

El cliente miró alrededor. La mujer de al lado seguía buscándolas. El hombre de la carta corta sostenía ahora dos cartas, una sobre otra, como si la segunda pudiera revelar un texto oculto. Damián comprendió que su recuerdo estaba ocupando más espacio que los platos del día.

La puerta de la cocina se abrió. Salió Olga, la cocinera, con un paño limpio sobre el hombro.

—Quiero hacer una pregunta —anunció—. ¿Alguien quiere probar lo que sí he preparado?

El silencio fue tan breve que pareció un tropiezo.

—¿Qué ha preparado? —preguntó la mujer.

—Tortilla de garbanzos con pimiento, ensalada fresca y pan tostado. No tiene una historia de tres años, pero acaba de salir de la sartén.

Damián miró la carta. Era exactamente lo que aparecía en la primera línea. Hasta entonces no la había leído. Recordó que el martes era el día en que solía probar algo nuevo en aquel restaurante, antes de acostumbrarse a pedir siempre lo mismo.

—Yo quiero una —dijo.

La mujer de la mesa contigua pidió otra. El hombre de las dos cartas eligió sopa, quizá por el cansancio de buscar. Miriam recogió los pedidos con una seriedad que no consiguió ocultar una sonrisa.

Cuando llegó su tortilla, Damián probó un trozo. No se parecía a las berenjenas. Tenía pimiento dulce, un borde tostado y un sabor que no necesitaba comparaciones. Le pidió a Miriam que felicitara a Olga.

—¿Y las berenjenas? —preguntó la mujer, ya con el plato vacío—. No quisiera perderlas del todo.

Miriam trajo una servilleta de papel y un lápiz.

—Don Damián podría dibujarlas. Así, por lo menos, sabremos qué estamos buscando cuando alguien vuelva a preguntar.

Damián dibujó la fuente ovalada, las rodajas, el pan y el limón en una esquina. El dibujo le salió menos apetitoso que su relato, pero bastante más preciso. Debajo añadió, con letra pequeña, que era un recuerdo y que no estaba en la carta.

La mujer levantó la servilleta para ver mejor el dibujo. La dejó bajo su vaso antes de salir.

—Quizá mañana lo preparen —dijo.

Damián levantó su plato vacío.

—Mañana quizá pida la tortilla otra vez. Pero primero voy a leer qué hay.

Miriam retiró los vasos. Por primera vez en todo el almuerzo, nadie pidió el menú secreto. La servilleta seguía sobre la mesa, con un plato inexistente que al fin tenía un lugar adecuado: el recuerdo de alguien, no la cocina de aquel martes.